

La educación, entre la ciencia y la ideología

PEDRO FRANCISCO GAGO GUERRERO *

L

os escritos sobre la educación podrían comenzar con las preguntas: ¿De qué manera puedo saber? ¿Se puede conocer lo que las cosas son? ¿Saber para qué? Las respuestas serían innumerables conforme al pluralismo existente.

Cualquier observador no comprometido se sorprenderá que el Estado monopolice la educación y de que los gobiernos organicen los planes de estudios, sin posibilidad de que oficialmente se acepte seguir otra línea de enseñanza.

La política educativa estima la necesidad no de orientar sino de aprender obligatoriamente. Se coacciona a la persona violando su legítimo derecho a elegir otras opciones. La obligación general se justifica para conseguir la igualdad. Es decir, el objetivo es realizar la igualdad abstracta, despreocupándose por los individuos concretos.

Se supone que la igualdad aporta la calidad en la enseñanza. Pero el valor igualdad se refiere a las condiciones de acceso al conocimiento, no garantiza que el camino sea el acertado para poseer un conocimiento de la realidad y una mayor proximidad a la verdad. La igualdad choca con la libertad que requiere para llevar a cabo una mayor justicia, poderse incorporar al conocimiento quienes lo deseen. Asimismo, debe aceptarse que hay otros modos de aprender: por la sociabilidad, por la transmisión de las generaciones, etc.

A la educación forzada para bien de los educandos, se añade el relativismo dogmático aparente. En la enseñanza nadie puede afirmar que ha llegado a

* Profesor titular del Departamento de Filosofía del Derecho Moral y Política de la Universidad Complutense de Madrid

aprehender un número más o menos determinado de verdades. Todo es opinable. No hay *episteme*, todo es *doxa*. Pero es obligado a acatar una serie de verdades indiscutidas que proceden de la ideología dominante. Quien activamente las rechace, será reprimido tanto por el Estado como por ciertos grupos o poderes establecidos y, lo que es peor, por la opinión pública. La falsedad del relativismo no está sólo en la contradicción del propio término, también en la imposición de la ideología progresista como verdad indiscutible.

La propuesta educativa se somete a un valor: la igualdad. Sin embargo, la educación habrá de estar preparada para llegar a la verdad e instalarse en la realidad. Ha de tener presente la formación del individuo y beneficiar a la comunidad. En el primer caso, es indispensable que el hombre se forme para realizarse como persona, para descubrir su vocación y llevar a cabo su proyecto personal. En el segundo, se busca la riqueza que pueda aportar a la comunidad, transmitido como realización comunitaria que permite al mismo tiempo el beneficio personal. Pero hay que poner buen cuidado de no forzar al individuo a hacer lo que no está en su ánimo, para no subordinar su individualidad a la comunidad. O, lo que es peor, a un proyecto general progresivo en el que lo personal se sacrifique para llegar a un sistema imaginado. Sin embargo, para esto se justifica la movilización de la educación y los educandos. Hasta ahora, las consecuencias perceptibles son que la aplicación del igualitarismo desfigura lo que debe ser la educación. Ello es consecuencia de que los contenidos de la ilusión ideológica marcan las líneas de conocimiento. La labor educativa consiste en adoptar todo a la predestinación ideológica. Se somete, pues, a tal objetivo: deberá desaparecer lo que no determine constantemente el igualitarismo. Éste se convierte en un fin en sí mismo, sin que conduzca a una mayor justicia, ni mejore la condición individual. Por él, la educación tiene dos fines: a) la utilidad material, pues la igualdad no puede detener las exigencias materiales y la simplificación de la vida; b) la conversión del individuo en algo antinatural, mediante la adscripción a un sistema mecánico que lo mantendrá en el artificio educativo. Se intentará conseguir administrativizando la educación. La consecuencia es un formalismo huero, inane, que pondrá en marcha a un buen número de intelectuales que se encargarán de dar una interpretación falsa de la realidad. Para ello selecciona los datos, ocultando los primordiales, a fin de probar lo que tiene que ser según el dogma doctrinario. Se plantea como una lucha: la educación al servicio de la guerra ideológica contra los que osan mantener una posición de búsqueda de la verdad a través de la razón. Antes se ha preparado al hombre para que relativice lo que está próximo a la verdad y acepte como creencia el dogma ideológico. La mentira se compone de creencias, utopía, cambio constante, datos verídicos y una guía interpretativa y orientadora a cargo de la multitud de sujetos reclutados para la reproducción ideológica. La colaboración del materialismo y del pragmatismo ha sido imprescindible. No hay contradicción, porque la búsqueda exclusiva de la utilidad hace que no interesen o se desprendan de las disciplinas las que no obtengan rendimientos materiales. Se impone también sacar partido al sistema imperante, convirtiendo al hombre natural en un *homo economicus* y *psicologicus*, ajeno a cualquier posibilidad que no le rinda beneficio. La economía, como quería Marx, se ha convertido en la salvación de la sociedad y del individuo.

Fracaso de los planes educativos. Los planes educativos fracasan uno tras otro. Y los que se instalen no conseguirán los objetivos de una educación basada en la formación y el aprendizaje. El fallo está en establecerlos como una relación política y burocrática. El caso más evidente es el del profesor. No importa que sepa o no. Lo fundamental es que rellene las horas como un administrativo —cada vez se le exigen más informes, rellenar muchos datos que para nada sirven, salvo para controlarle, haciéndole pasar horas en el despacho a fin de que la sociedad no se queje de su “tiempo libre”— y que aparente poseer un currículum de saber e investigación (en la Universidad). Incluso se le estiman los porcentajes estadísticos con que ha de aprobar y suspender para seguir la vía del sistema. Naturalmente esto es posible porque antes se ha convertido al alumno en un objeto del que se esperan reacciones ya predeterminadas. El profesor lo que hace es colaborar en el teatro. Por méritos, generalmente ideológicos, es un instrumento solícito en llevar a cabo las directrices del sistema, por ello ocupará una posición en la sociedad, cambiando la imprescindible enseñanza de la verdad y la formación humana que permite al individuo establecerse y ser en la sociedad, por la función reproductora de la ideología social-burocrática. Oficialmente no se habilita a los docentes que quieran dar otro tipo de enseñanza.

Además de los docentes, como la capa reproductora más eficaz del sistema, están los intelectuales ideologizados que confeccionan el saber a través de unos resultados previos a la investigación. El intelectual obra de tal manera que maneja los datos para que salga el resultado previsto. Por tanto, toda la aportación al conocimiento parte de una doctrina y creencia anterior, cuyo resultado para la educación es generar una mentalidad que se sitúa entre dos puntos: la mentira y la ignorancia. Ésta por aquélla. Como se ha entronizado la primera, el resultado es un tipo de hombre incapaz de asirse a la vida para dirigirla; vida conforme a su real naturaleza. La enseñanza en vez de situarle en la realidad de las cosas, en el espíritu y esencia de los órdenes, le sustrae de sí mismo y de su naturaleza social, confrontándole con el otro. Aparentemente el humanitarismo que se le inculca le aproxima sensiblemente a todo el mundo, si bien le aleja de la práctica virtuosa con los que ha de relacionarse o convivir. La fractura del hombre comienza con el alejamiento del deber para con el otro. La vida enseñada por la ideología no transcurre por dentro de las personas y entre los objetos, sino por la superficie dislocada mentalmente de la realidad, cuyo intento de aprehenderla es imposible salvo para utilizarla como objeto de consumo, poniendo en el mismo plano a las cosas y a las personas.

La burocratización de la docencia y de la educación en general es consecuencia de la necesidad de entretener a sus integrantes, para que se preocupen de las formas y no del contenido. La verdad no puede estar colgada de la burocracia de la ideología. No es posible adentrarse en el conocimiento cuando se tiene sólo como meta pasar las asignaturas, dejarlas atrás como una carga para obtener una pretendida calificación, sin que haya interés en volverlas a encontrar. La mentalidad que se ha formado sobre el conocimiento es una mezcla de utilidad y burocratización para conseguir tener una profesión. La educación no intenta crear vocaciones, sino profesionales que han pasado

determinadas pruebas. Además, la educación al estar masificada y forzar a todos a ser iguales y no poder conseguir un elevado nivel de conocimiento, falsea el resultado con cifras, sustituyendo el saber por el nivel administrativo. De ahí que para aparentar objetividad se tenga que recurrir al uso de la publicidad. En la educación importa tanto aprender bien como saber lo que falsamente se aprende. El aparente pluralismo permite poseer varias visiones y opiniones sobre muchos contenidos. Pero con ser importante el acceso al conocimiento, más lo es que se manifieste para conseguir los proyectos progresistas, eliminando lo que la verdad exigiría.

Al individuo se le enseña para ser en un sistema imaginado. Es un proceso antes exigido por el materialismo histórico: no hay que educar para reproducir las condiciones del sistema; mucho menos para que los individuos busquen la verdad; ni adaptarse a la naturaleza de las cosas; tampoco avanzar según el orden dado y proyectado a tenor de la razón, de la acción y voluntad humanas y, en modo alguno, para su felicidad, descubriendo siempre lo previsto según las posibilidades del hombre. Sucede lo contrario. Desde pequeño se le inculca que la vida es la realización de la igualdad. La salvación por la sociedad sigue teniendo plena vigencia desnaturalizando los órdenes conforme a la ideología dominante. Ideología que no sólo se defiende por el colectivismo, pues la incierta derecha apoya tales presupuestos, creyendo que respetando un poco la propiedad y algunas libertades es suficiente. Por eso la educación, esté la izquierda o la derecha, no cambia, excepto en las formas. La inmensa mayoría de la población sigue mentalmente los principios colectivistas referidos a los valores y a la artificiosidad de la vida, porque el auténtico socialismo ya hace tiempo que ha desaparecido.

La base del desarrollo de la educación también está en la utilidad para poseer una cultura general que además de acercarle a la comprensión de la realidad le pueda servir para introducirle en el mundo del trabajo. Pero ya la Ilustración y el Positivismo habían pretendido acoplar al individuo a otra historia. La entrada en la era positiva y del predominio de la razón supone un proceso de desprendimiento de lo que el hombre ha sido. En la educación se manifiesta de forma clara: El individuo no sólo se forma como quiere la ideología educativa, sino que se pone en la situación de que es una tábula rasa que ha de formarse según el sistema ideológico. Obligado por él, será imprescindible que nazca a la historia mediante el abandono de lo que fue y de las actitudes contempladas y repetidas, con las lógicas variaciones, en la historia. Por eso, el proceso educativo es reformista por su desarrollo en el tiempo, y revolucionario por el objetivo. La idea subyacente es hacer un nuevo hombre, creencia que fracasó cuando se implantó revolucionariamente y que se estima poder conseguirlo por una vía más lenta, pero más segura, con el apoyo de la educación y de la ciencia.

Una función y un objetivo de la ciencia para la educación. Hay, en efecto, un papel en la ciencia que no es sólo descubrir las cosas del mundo y del cosmos, sino de aportar soluciones para mejorar la vida humana, protegiéndola y defendiéndola de los peligros del vivir y de los enemigos que la acechan. Su papel, manejado por los científicos que carecen de principios y para los que la

ciencia es un fin en sí misma, también es conseguir lo que parece imposible: Desdibujar la condición natural e imponer el dominio del hombre sobre su entorno. La ciencia y la tecnología sustituyen a la moral y a la naturaleza de las cosas. Desde hace tiempo la ciencia y la técnica han sido consideradas como las nuevas guías de la espiritualidad humana. Será moral cualquier resultado de la ciencia y cualquier avance de la técnica. Ya no es que hayan dejado de ser neutrales, sino que la era positiva les ha erigido como los nuevos guías de la humanidad. El hombre cree que ha impuesto una nueva ética, cuando más bien se somete a las posibilidades de la ciencia. El sistema educativo deberá adaptarse a los cambios, porque la era positiva, por primera vez en la historia, marcará el nacimiento de la formación de un nuevo ser: el que en parte esté constituido por la ciencia. El ser artificial ya se ha puesto en marcha. Nos encontramos cada vez más cerca del ser transformado por la ciencia; quizá sea el fin del ser natural.

La ciencia y la técnica con sus resultados y posibilidades trastocan todo. Las humanidades y las ciencias con sus limitaciones caen en una servidumbre con un contrato que rellenan aquéllas. Las humanidades son una parte del conocimiento de la que se puede prescindir. Sólo son útiles para afirmar a través de la educación el relativismo que afirma aun más el dogma científicista. Si la educación impusiera a través de las humanidades la búsqueda de la verdad, supondría que sería el hombre el que impondría la orientación que debiera seguir la ciencia y la técnica para estar sometidas continuamente a su control. Se prepararía a las generaciones para instrumentalizar la ciencia y conducirla a objetivos éticos y morales que son los que han de guiar la vida de los hombres. Pero más que la ciencia y sus grandes posibilidades, limitadas por lo demás, son los científicos quienes tienen el poder de decisión sobre las investigaciones, los que deben dirigirla hacia objetivos trazados para el bien humano. Aparte de dejar que la ciencia abra caminos, porque todavía se piensa que posee capacidad para transformar hasta el alma humana, aunque la experiencia diga lo contrario, su extraordinario avance coincide con el cansancio vital del hombre una vez que han fracasado las expectativas ideológicas. Sin embargo, en vez de reconocer su incapacidad para llegar a lo óptimo y al cambio radical en su naturaleza, con un sentido muy falsario y emocional, pretende repetir los fracasos y abandonarse en quien no podrá dirigir nunca la vida del hombre, porque sólo soluciona problemas concretos. Como se puede comprobar, no hay ciencia, incluida la presuntamente social, que pueda determinar la manera en que el hombre alcanza mejor la justicia, ni que sea más libre, ni más feliz, ni que el sacrificio generoso por los demás se alcance mediante una fórmula social-matemática. Las humanidades se han de enfrentar al fallo humano en la confección de los sistemas, estructuras, valores..., a las ideologías que ponen objetivos ajenos a la naturaleza del hombre y de las sociedades y del poder de la ciencia y de la técnica que no sólo se han hecho autónomas, sino que han impuesto sus fines: avanzar hacia todo lo posible sin someterse a ninguna regla moral ni respetando ningún principio y creencia que pueda detener un proyecto o investigación. Los resultados de la ciencia han de ser utilizados por el hombre para su beneficio, pero al no controlarse el objetivo de la investigación, será recogido por quien pueda aprovecharlos. Tales resultados contrastan con la subjetividad relativista

a que han llegado las humanidades. La objetividad se impone: todo resultado es bueno por el simple hecho de conseguirlo.

La educación se asienta en la ideología científicista, amoral y dogmáticamente relativista, que conduce a la mentira en cuanto la utiliza para manipular los resultados. Esta elevación irá prescindiendo mediante las oportunas reformas de lo que distorsiona a la ideología y a los proyectos científicistas. Se produce algo inusual. Si antes salieron del tronco común de la filosofía todas las ciencias, ahora éstas, manipuladas por la ideología, prescindirán de la filosofía, dejándola como un residuo inservible para constituir la vida según el árbol de la ciencia. Lo cual quiere decir que el hombre se autolimita, se convierte en un animal más inteligente pero sin espíritu de trascendencia. No sólo se desprende de la filosofía, sino que prescinde de su matriz. Andando el tiempo no se admitirá ni la filosofía de la ciencia, por contraponerse ambas.

Lo mismo ocurre con la religión. Ésta, al menos la cristiana, no puede ser progresista. Jesucristo no podrá ser superado, porque fue y es la perfección. Es el modelo para cualquier cristiano. En la historia se realizará el cristianismo por la libertad de los hombres, en la que habrá mayor o menor aproximación según la época y cada caso particular. Nunca en la historia se realizará el ideal cristiano, porque el hombre no podrá cumplirlo por su innata imperfección. El cristiano debe mirar hacia atrás, hacia la vida de Cristo y los que pusieron en práctica las virtudes del Evangelio y, hacia delante, con el fin de proyectar su vida según aquellas obligaciones. Contrasta con la idea de progreso de la razón y de los sistemas y estructuras creados, porque el movimiento empuja hacia delante, superando etapas, cumpliendo las exigencias indubitables adquiridas inconscientemente por la estancia en el sistema evolutivo. En cambio, la ciencia se expande porque no se pone límites en el afán de saber sobre lo material. Los creyentes materialistas, al endiosar la ciencia y en confluencia con las ideologías de salvación, limitan los deseos trascendentales y activan la pretensión de educar a los hombres exclusivamente para el vivir material. Por ello la educación sólo tiene presupuestos utilitaristas y materialistas. Al sobrar la sabiduría de las generaciones pasadas, que buscó las cuestiones más vitales para el hombre, por ser perennes e inmutables, mediante la instrumentalización y la deformada interpretación con el engaño y la manipulación, se transforman en medios que avalan el avance progresista, anclan las preguntas vitales o las vacían de sentido y, por último, las eliminan de los planes de estudio, con la esperanza de que nadie se preocupe de ellas. Hoy es mucho más que una pretensión. Resultaría irrisorio, si no tuviera trascendencia, que muchos enseñantes de filosofía política, jurídica, no saben casi nada de ella, aunque se atreven a ocultarla enseñando presuntas teorías y aparentes ciencias. En contraste, la religión amplía la visión del hombre y le pone en relación con el orden universal, elevándole hacia su destino ultraterreno.